

Juliana González: filósofa¹

Llega a ser lo que eres.

PÍNDARO

En la “Introducción” al libro del que ahora me ocupo, Juliana González escribe que:

Puede afirmarse [...] que frente al fracaso de los ideales excluyentes de pureza, de la moral de los absolutos y de la represión, se abre hoy la esperanza de una ética del eros y de la felicidad, cercana al fluir concreto de la vida moral, a la reconciliación del hombre consigo mismo y con los otros, a la consecvente y siempre ansiada posibilidad de armonizar el bien propio con el bien del otro y con el bien universal.²

Se trata de una ética del eros. ¿Acaso no resulta sorprendente y arriesgada esta propuesta justo en una época en donde el eros parece estar ausente? Ciertamente, pero la ética trata de la intervención oportuna en el momento crítico (*kairós*), de la elección que calibra y decide entre las propuestas del presente, no para ganar el mañana sino para dar sentido al hoy. La moral, como la

vida a la que sirve y a la que da sentido, nunca puede ser dejada para más tarde. Lo importante no es lo que se tendrá, sino lo que ahora se quiere. El pensar de Juliana González en este punto tiene este carácter y es legítimo aducir de él que ahora llega, como señalaba Friedrich Nietzsche, *a paso de paloma*, como palabras que traen la tempestad y que son las más silenciosas. Nietzsche no afirma que la tormenta sea silenciosa, sino que el habla es la tempestad: el habla del pensamiento. *El poder de eros*, de Juliana González es, sin duda, ese habla del pensamiento.

La tentación de discutir *El poder de eros* es grande. Pero no lo haré, al menos no de la manera habitual. He de decir, en descargo propio, que con su lectura, más que haber aprendido y comprendido algunas ideas, más que encontrar una forma diferente de lo que una ética así planteada abre como posibilidad, más que un conjunto de pensamientos luminosos, me he *conmovido*. Porque, ¿cómo hablar de una ética del eros sin un compromiso vital ni un diálogo apasionado y apasionante con la historia y con los grandes maestros del pensamiento? ¿Cómo entender un *ethos* erótico con su rostro jánico, sin advertir que el proceso del pensamiento que lo expone ha ido moldeándose en la fragua de la comprensión interhumana y teniendo como horizonte al otro, siempre al otro, desde su semejanza y su diferencia?

¹ Reseña al libro de Juliana González, *El poder de eros. Fundamentos y valores de ética y bioética*, México, Paidós/Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

² *Ibid.*, pp. 26-27.

¿Cómo no apasionarse y conmoverse con esta obra que señala que la virtud no es el cumplimiento de un precepto ni la disposición bien intencionada a la universalización preceptiva, sino un complejo de actitudes que perfilan el sesgo adecuado de una forma de vivir, la armonía entre fuerzas divergentes, entre la existencia propia y la asistencia al prójimo?: “No hay ética sin *eros*. La ética es una dimensión del amor; se funda en la posibilidad de acceder a la alteridad e incorporarla al propio ser”.³ Quizá por eso el amor merece tanto la pena.

Pero ya estoy discutiendo el libro y lo que quería es iniciar un diálogo acerca de la autora: Juliana González, *filósofa*. No hay otra palabra para nombrarla y describirla con más ahínco, dignidad y fuerza. No quiero hacer aquí una rememoración de todos aquellos instantes hechizados que, como su alumno, viví, siguiéndola tenazmente por sus innumerables cursos y seminarios de filosofía griega y de metafísica. En ellos, Juliana despertaba los orígenes del pensamiento occidental en nosotros o nos conducía por los meandros de los grandes problemas como el del ser, el tiempo, la verdad y el conocer; o en aquellos otros cursos donde ella hilaba críticamente la urdimbre del pensamiento de Platón, Aristóteles, Georg W. F. Hegel, Martin Heidegger, Eduardo Nicol o Sigmund Freud; o, finalmente,

aquellos en los que la ética dejaba de ser una mera disciplina para convertirse en una *phrónesis*, en un saber vivencial, más cercano a la naturaleza contradictoria y ambigua del *eros* platónico. No podía ser de otro modo, ahora lo sé. En todos estos espacios fue fraguándose este arte delicadísimo e impostergable de hacerse a sí misma ese *bien* proveniente del conflictivo discernimiento de, valga la expresión, lo humano por los humanos.

Tampoco quiero recordar esa alquimia y esa fascinación ejercida por ella cuando, más que un conocimiento, nos regalaba el insondable misterio de un pensar, el vértigo del abismo, como dijera Hegel, transformado en palabras. No, lo que Juliana nos ha dado es su virtud, es decir, un estilo de vida, un buen estilo de vida que para muchos de nosotros pudo ser comprendido y aprendido a partir del ejemplo vivo, de situaciones vitales y que ahora nos entrega como un proceso narrativo más que normativo en *La fuerza del eros*. Quizá por ello Juliana señala en su libro que *no hay ética sin eros* porque se trata de *una dimensión del amor que se funda en la posibilidad de acceder a la alteridad e incorporarla al propio ser*. Es cierto, porque la ética busca, ante todo, la fuerza, es decir, el aliento para vivir la mejor posibilidad de lo humano, no la más menesterosa o la menos comprometida. Quizá por ello la ética pertenece al orden de lo épico: porque trata fundamentalmente

³ *Ibid.*, p. 62.

del *eros* que es siempre y en todos los casos de la acción. Ésta es desafío y edificación, riesgo y medida, arrojo, fidelidad e innovación, búsqueda de la eficacia más vital y perdurable, es decir, trasunto enérgico de la inmortalidad. Pero quizá estas no sean más que vivencias apasionadas de un tiempo en el cual me convertí en deudor para siempre del pensamiento de Juliana González. Hoy quiero enunciar lo que ella es: filósofa.

Con esta rara denominación deseo destacar a quien se ha atrevido a pensar por cuenta propia, a desafiar el *statu quo* de la indiferencia, ese navegar por lo consabido o argumentando lo inargumentable. Juliana González, una pensadora pensante, como señalara Heidegger; una pensadora de la *libertad*, del *humanismo*, del *ethos* y del *eros*, es decir, de ese camino que nos invita a una meditación comprometida, porque en ella —en situación de perplejidad y desazón— se reflexiona acerca de un único tema: la ética y, alrededor de ella, acerca de múltiples cuestiones que, en medio del pensamiento débil y de una modernidad en decadencia, significan un nuevo aire, una fisura por donde ver o, quizá, un pensamiento que ahonda acerca de nuestro ser como seres eróticos.

Juliana, en este libro, dialoga con una enorme tradición de pensadores acerca de lo que la ética es, es decir, antes que un saber, un camino para ser recorrido, una manera de vivir y de buscar, una

indagación constante. Porque la ética, para Juliana, tiene que ver con lo más prioritariamente inaplazable: el uso actual de la libertad. Porque ella trata de la elección que calibra y decide entre las propuestas del presente, no para ganar el mañana, sino para dar un sentido profundamente ético al hoy, porque éste es el sentido de la vida. Podríamos decir que, para Juliana González, contra ese afán de saber demasiado ansioso de respuestas concretas, existe ese querer saber que aguarda lo digno de ser pensado y que sólo adviene al pensamiento pensando.

Estoy persuadido de que, quizá, pocos filósofos como ella han entrelazado o arriesgado tanto en el pensamiento al dialogar con los maestros pensadores. Repensar los grandes problemas de la ética, como lo hace Juliana González, significa atender al único y significativo problema del cual se derivan todos los demás, esto es, *el ser*. Porque el ser está en la partida del nacimiento de nuestra propia historia, y éste, en el pensamiento de Juliana ha de concebirse como *ser erótico*, es decir, en su constitutiva contradicción y ambigüedad.

A partir de esta *iluminación*, no encuentro otra palabra, Juliana González vuelve una y otra vez sobre sus pasos, regresa al *ethos*, a la eticidad, a la moral, al reencuentro con la libertad y la dignidad humana, al problema de la naturaleza del hombre para trazar esa geografía

pasional del ser del hombre como *eros*, a la ética; porque ella, como dice la autora:

[...]tiene abiertas [...] las más clásicas cuestiones morales, las de siempre, hoy intensificadas; pero al mismo tiempo la agobian nuevos problemas [...] Se trata, por un lado, de las cuestiones planteadas por la crisis misma y por las demandas de la vida social y política; y, por el otro, de los nuevos horizontes y enigmas abiertos por la ciencia y la tecnología, en los que, en muchos sentidos, están en juego tanto la posibilidad ética de la vida humana como el porvenir mismo del hombre.⁴

En este sentido, entender a un filósofo, como decía Heidegger, no es cosa fácil, porque ante todo se trata de auténticos pensadores, no porque reflexionen acerca de temas complejos, sino porque es difícil escucharles. Escuchar es una operación simple, de una sencillez inaudita, pero que presupone lo rara vez cumplido: el reconocimiento.

El reconocimiento, ese vuelco hacia el conocimiento, consiste en que nos abramos a lo pensante en cada pensador como algo único, irrepetible e inagotable, de tal modo que irrumpa en nosotros lo *no pensado* en su pensamiento. Lo *no pensado* sólo existe como *no pensado*. Cuanto más original es un pensar, tanto más rico y pletórico será su fondo *no*

pensado. Lo *no pensado* es el don máspreciado que pueda hacer un pensar. Abrirse a un pensador, salirle al encuentro es destacar su cualidad de grandeza y acentuarla todavía más.

A todos los que seguimos hechizados por esos caminos que aguardan a la filosofía nos sigue apasionando el temblor del pensar, el abismo, la puesta en marcha de la pasión de preguntar y de la que responde soberanamente Juliana González. Nada tan difícil como intentar dar respuesta a aquellas preguntas kantianas: *¿qué puedo hacer?*, *¿qué debo hacer?* y *¿qué puedo esperar?* Pero que siguen perseverando como cuestiones netamente humanas, pero sin respuesta. *¿Sin respuesta?* Creo que falseo la trama de lo escrito por Juliana no sólo en este libro, sino en los que le antecedieron, como *Ética y libertad*, *El malestar en la moral* y *El ethos, destino del hombre*, donde la autora ha intentado dar respuesta a esas preguntas repetidas en nuestro aciago tiempo. De otra manera, *¿cómo* entender estas obras de Juliana si no es por las preguntas a esas otras interrogaciones donde radica la fascinación de la tentación de absoluto que aún nos atrapa? *¿Cómo* evadirse de la constitutiva fuerza del *eros* por la huidiza e indefinible sabiduría de la que sólo sabemos por los grandes maestros que, como Juliana nos entrega, pero que en nuestro mundo, tras un sordo murmullo, se nos presenta como una

⁴ *Ibid.*, pp. 18-19.

